

tirlos con sus respuestas, ni llenar las columnas de los diarios con los equívocos, anécdotas, cuentecillos; invencion generalmente de los cronistas. Así es que el Gran Pachá, como ellos le llaman, ha pasado á la categoría de las cosas insulsas, y no hay parisien capaz de andar cuatro pasos por ver su conocido gorro colorado, del cual tienen miles de ejemplares en cualquier boulevard. A consecuencia de esto han caído sobre el Gran Señor las plumas de los gacetilleros, esas plumas tantas veces comparadas á los mas venenosos, ó al menos, á los más incómodos agujones de los insectos. Se comenzó por notar que en la fiesta de la Distribucion de premios, no dió el brazo á la Emperatriz al bajar del Trono; falta imperdonable de galantería. Se siguió criticando que gustara de comer solo, al revés de los franceses, los cuales gustan de comer con todo el mundo. Se vió con estrañeza que el Sultan durmiera una larga siesta, y despues de tal siesta, aún se permitiese cabecear en el paseo y en el teatro. A los pocos dias pidió que le llevaran á ver la plaza de la Bastilla, el espacio donde se levantaba el mónstruo mayor engendrado por el despotismo francés. S. A. se durmió profundamente al salir del Elíseo, y dormido pasó por toda la calle de Rívoli, dormido por el trabajador barrio de San Antonio, dormido bajo las doradas alas del Angel de la libertad, que se levanta sobre las ruinas de la Bastilla, y dormido volvió á entrar en su palacio; sueño ofensivo á los parisienses que saben cuán despiertos necesitan estar todos los sentidos para vivir en París. Hasta los comerciantes se quejaban. La comision imperial de la Exposicion, que era la primer explotadora del gran certámen, se quejaba de que el Sultan necesitase una grua mayor que las expuestas en la Seccion de Máquinas para ser movido á ir á la Exposicion, lo cual tenia el inconveniente gravísimo de que los rendimientos dados por las entradas no pasaban de cincuenta mil francos diarios; y la comision imperial habia ta-

sado en cien mil las visitas del Sultan. Los fondistas se quejaban de que estando el Sultan en el Elíseo, sus cuartos no habian subido á los cuernos de la luna, á pesar de haberlos pintado y expuesto tales cuernos, en banderas rojas, sobre todas sus ventanas, en honor y gloria de la venida de S. A. á esta ciudad. Un comerciante se quejó en letras de molde, en las columnas de *La Presse*, de que el Sultan le hizo llevar todas las telas de su tienda, y solo compró por valor de setecientos francos, la compra de cualquier ciudadano modestísimo. ¿Y para esto se ha contratado el Empréstito turco? preguntaban los parisienses. Como un periódico dijera que el Sultan gustaba mucho de los muebles, en la Seccion francesa expuestos, le contestó otro periódico que no debia ser cierto cuando ni un metro de tapicería habia comprado para sus palacios del Bósforo, esos palacios que hoy están bajo el poder de Turquía, gracias á los heróicos sacrificios de los zuavos franceses. De suerte que el Gran Señor ha desoido los preceptos del Koran; ha abandonado las risueñas riberas orientales, donde el Asia y Europa se miran frente á frente, coronadas de flores, donde las barcas doradas vuelan sobre las aguas de color de ópalo, donde miles de muezines piden, al salir el sol y al ponerse entre los murmullos de aquella naturaleza que enseñó á cantar á los hombres, desde las altas torres, al Dios omnipotente por la vida del Gran Señor; se ha mareado atravesando el mar que en otro tiempo gemia bajo el peso de las escuadras de sus predecesores, sí, se ha mareado, hasta el punto de creer que le iba á costar la vida tal viaje de placer; ha pasado sin que se le reventaran los oidos entre los mil cañonazos despedidos por las barcas francesas apostadas en Tolon para saludarle, y ni siquiera ha conseguido divertir á estos franceses, de quienes diria el grave Platon lo que decia de los griegos: sois un pueblo de niños, y de niños interesados como los viejos. Pero entre los reyes de Europa, ninguno tan

extraño y tan original como el jóven que dirige los destinos de Baviera.

El rey Luis padece indudablemente de crónica demencia. Lapoesía romántica, muerta hace tanto tiempo, revive en su corazon. La guerra, el gobierno le hastian; pero le gusta ascender á las montañas; perderse en las selvas; ver las nubes á sus piés, como si fueran espumas escupidas por su caballo; y entregarse allí, como el Manfredo de Byron, á recitar versos febriles y leyendas diabólicas. Su pasion es la música. Wagner, el gran compositor, que cree haber sorprendido y copiado en sus notas, no sólo todos los ruidos del Universo, sino hasta el nunca oído rumor que forman las invisibles álas de las ideas, Wagner es su ídolo. Mientras sus tropas se sacrificaban horriblemente en la guerra de Austria, inclinábase el jefe de ellas sobre las blancas teclas de armonioso piano. Ha llevado su pasion hasta el extremo de montar por su cuenta un teatro exclusivamente consagrado á dar las óperas de Wagner. Los franceses, muy dados á explicar por causas segundas y accidentales la historia, creen que una de las razones de la estrecha alianza entre Baviera y Prusia, ha sido el recuerdo de la silva dada en París á la obra maestra del músico que el rey tiene por amigo y á veces por consejero.

Yo creo que el poder monárquico, hasta en nuestros tiempos en que ha perdido tantas fuerzas, es un poder que inclina á la melancolía. Y la música es un arte que endulza ese estado del ánimo. Ya Fernando VI de España tuvo por único amigo al tenor Farinelli. Cuando la tristeza devoraba el alma del rey, cuando sombríos presentimientos sacudian y agitaban su corazon cargado de dolores, el consuelo único, el único alivio era aquella voz, que emanada de un alma jamás poseida por el amor, expresaba el amor admirablemente. Farinelli habia conseguido tal ascendiente sobre el rey, que á Farinelli se dirigian los embajadores. Entonces gozaba España de una grande preponderancia en el mundo. Su voto era de

mucho peso todavía en la balanza de los destinos humanos. María Teresa de Austria tenia que escribir al tenor Farinelli, el favorito de Fernando VI, para ganarse ascendiente en Madrid, y á madame Dubarry, la favorita de Luis XV, para ganarse ascendiente en Versalles. Y muchas veces arrojando la pluma, decia al terminar estas cartas desde las alturas de su orgullo imperial: «Yo, María Teresa, »emperatriz de Austria, y reina de Hungría, »descendiente de Carlos V y de Isabel la Católica, me veo obligada á rebajarme hasta »dirigir amistosas cartas á una prostituta y á »un eunuco.» En efecto, Farinelli era grande cantor, merced al procedimiento en uso allá por las capillas del Papa, para procurarse voces melífluas y sonoras, que canten alabanzas al Creador y Regulador de la Naturaleza.

¿Si Bismark, ó el rey de Prusia habrán tenido, para arreglar los asuntos de Baviera, que escribir alguna vez á Wagner? Lo cierto es que el músico exalta la imaginacion del rey, á favor de históricos recuerdos. Lo cierto es que le inclina á creerse muy honrado, siendo uno de aquellos reyes feudatarios, de aquellos electores que giraban como planetas en torno del Emperador, del sol elevado por ellos mismos á las alturas, para distribuir las fuerzas y mantener el equilibrio en el grande Imperio de Alemania. En el centro de uno de sus palacios hay salones que por sus muebles, por sus armaduras, por su arte, repiten los tiempos feudales de Alemania. Y así como el rey va al palacio del músico para hallar olvido, el músico suele ir al palacio del rey para buscar en estas grandes salas inspiracion con que evocar el acento de la antigua Germania.

Un rey así no puede curarse gran cosa de los asuntos del gobierno. Yo recuerdo haberlo visto, y recuerdo haber sorprendido en su mirada alguno de esos relámpagos de locura que ahora cruzan sobre su reino y que ahora entreven casi todos los políticos de Europa. Dió por Junio de 1867 la Emperatriz Euge-

nia fantástico sarao á los príncipes y reyes á la sazón huéspedes de París. La iluminación de las Tullerías fué una maravilla. Desde el suelo del jardín reservado, al piso principal del palacio, se levantaba inmensa escalera, verdaderamente monumental, tapizada de terciopelo bordado de oro é iluminada por dos hileras de vasos que formaban dos barandas de fuego. En lo alto, la luz eléctrica bañaba la oscura mole de las Tullerías con la claridad del sol. Parecía en medio de la oscuridad de la noche un palacio formado con la masa candente de algun planeta en volcánica ebullición. El jardín era un asombro. Dibujado por Le Notre, sembrado de flores, cubierto de bosques, cuyos tilos y cuyos castaños son de una prodigiosa altura y de un impenetrable espesor, ornado de estatuas de mármol y bronce; por todas partes lleno de surtidores que elevan á los cielos sus columnas de cristal, tiene el jardín, á pesar de tantas bellezas, el defecto de ser muy sombrío. Pero este defecto habia desaparecido con la noche. Y las girnaldas de millares de mecheros de gas suspendidas en todas las alamedas, los vasos de colores ocultos como frutos de fuego en el verdor del follaje; los torrentes de mágica claridad que aumentaban la transparencia de las aguas y convertian en gotas de luz las gotas de los surtidores; los diversos colores que los fuegos de bengala extendian sobre aquellas sargas de estrellas; los dibujos fantásticos trazados con fuego en la oscuridad de los aires, como por la mano oculta de algun encantador ó

de alguna hada; el sonido de las músicas que hallándose ocultas parecia salir de las ramas mismas de los árboles; los acentos lejanos de invisibles coros; la presencia de tantas hermosas, en cuyas coronas de diamantes se descomponia la luz con todos los matices del iris, daban en el silencio de la noche á la fiesta todo el aspecto del sueño de un poeta oriental ébrio por alguna de esas bebidas que hacen delirar con indescriptibles fantasmagorías y no imaginados placeres. Pero ¡ah! que Europa no está muy segura sobre sus cimientos. Poco tiempo antes de la revolucion de Julio de 1830, dió Luis Felipe un baile en el palacio real, en honor de su pariente el rey de Nápoles. Carlos X asistia. Salvandy pronunció las siguientes palabras que han sido históricas: «Este es un baile verdaderamente napolitano, puesto que bailamos sobre un volcan.» El día en que Mr. Thiers supo la noticia del atentado contra el Czar, dijo lo siguiente: «Europa sabrá que todavía humea el cráter del volcan.»

Pero los previsores oian otros ruidos más siniestros. Pocos días despues de este baile, se despedia el rey de Prusia de los Emperadores de Francia. Gruesas lágrimas caian de los bellos ojos de la Emperatriz Eugenia. Siniestra emocion se trasparentaba en el impassible rostro de Napoleon III. El rey Guillermo apretó estrechamente la mano de sus ilustres huéspedes, y les dirigió estas últimas palabras: «Será posible que sólo podamos volver á vernos en la guerra.»

## CAPITULO LXIII.

### DERROTAS EN EL INTERIOR DEL IMPERIO.

El Imperio francés mostrábase muy sereno, á pesar de los grandes errores de su política exterior, porque tenia la suerte propia y la suerte de Francia, en manos de una mayoría rural tan atrasada como todos los campesinos de Europa. Mas los desaciertos eran bastantes á inspirar la esperanza de que pudiera hablar alto el patriotismo en las varias elecciones, hasta forzar la mano al Imperio y arrancarle necesariamente la libertad. Mucho habia de ilusorio, de halagüeño en esta esperanza. Pero lo cierto era que el sufragio universal, con todas sus imperfecciones, aseguraba al mundo que si Francia iba derechamente á perderse, perdíase por su propia culpa. En una democracia bien organizada, la palabra dicha en las reuniones y escrita en la prensa, dirige el sufragio universal, como en todo espíritu bien templado el entendimiento y la conciencia dirigen la voluntad. En Francia, la palabra escrita se hallaba sometida á tales reglamentos, y la palabra hablada á tales restricciones, que la inteligencia nacional no podia formarse ni dirigir el sufragio á sus

finés, que deben ser el asegurar la libertad de los ciudadanos, y el hacer del gobierno la imágen de la nacion. Por aquellos días, en Nimes, el candidato de oposicion habia convocado varios electores á una junta privada, tenida en el hogar, y en la cual, ni podia, ni debia intervenir la autoridad. Y sin embargo, el comisario fué; tras el comisario los soldados de policia; tras los soldados de policia los soldados de línea; y á pesar de las protestas del dueño de la casa, violaron su hogar y disolvieron la reunion á bayonetazos. A pesar de estas grandes violencias, que debian haber irritado los ánimos, el candidato imperial cantaba victoria. Y esta victoria probaba cuán lejos se hallan los campesinos en Francia de aquella claridad de inteligencia y de aquella fuerza de voluntad sin las cuales siempre se malogra el sufragio universal.

En estas circunstancias se presentó la candidatura de Grevy, que era como una reaparición de la República de 1848, de aquella República que habia asesinado y deshonrado el Emperador. Conviene recordar algunas